

res, la influencia que sus autores tuvieron o aún tienen, a las formas en que varios de ellos, como los clásicos griegos y latinos, han llegado hasta nosotros, a las características de sus lectores, a los espacios de lectura, a la formación y organización de bibliotecas, etcétera, temas que normalmente se han dejado de lado y que, sin embargo, son fundamenta-

les para el mejor conocimiento de las propias obras y de su tiempo de producción y de vigencia. Como éstas, muchas otras cuestiones aún están por analizarse con mayor detenimiento.

En resumen, el libro de Lafaye nos muestra numerosos avatares del libro impreso en una época en la que, como es sabido, España se situó

bastante lejos en la cantidad y calidad de impresos producidos respecto a otros lugares de Europa, pero que, sin embargo, desarrolló una actividad sin igual en la difusión por el mundo del vital medio de comunicación que ha llevado a nuestra época, desde el Renacimiento, a ser calificada como la edad de la "civilización del libro".

El arte de escuchar

Carlos San Juan Victoria

Comentario al libro Jan de Vos, *Viajes al Desierto de la Soledad*, Porrúa, 2003. CIESAS, 8 de mayo de 2003.

¿A qué linaje de libros pertenece *Viajes al Desierto de la Soledad*? Según recuerda Peter Sloterdijk, los libros son voluminosas cartas para hacer amigos, lanzar un libro al mar anónimo de los lectores es un acto de seducción para atraer atenciones y simpatías, latentes y difusas, que requiere del sagrado ritual solitario de leer para convocar un círculo de empatías. Jan de Vos lanza esa seducción a través de una colección de relatos que nos hablan desde hombres y mujeres atrevidas, curiosas o desesperadas que por ambición, miedo, o deseos de otros mundos, encaran los muros verdes de la selva lacandona. Y lo hace para llamar nuestra atención, ponernos en vigilia, hacia el grave riesgo que vive este territorio y su gente.

Es, además, un libro que habla con muchas y peculiares voces. En él se escuchan a los caminantes que desde finales del siglo XVIII hasta el siglo XX se estremecieron ante el formidable universo verde, húmedo y

palpitante de la selva. De ahí brota un saber que sólo aprehende el que camina. Somos una especie migrante que por instantes se sueña sedentaria y olvida que caminar ilustra y educa. No hay relato de este libro que no transmita ese peculiar fruto. Pero sus registros personales varían y en el microcosmos del *Valle de la Soledad* muestran toda la complejidad del acontecer humano.

Por ejemplo, esa fábula moral para científicos que es el fragmento de las memorias de Miguel Álvarez del Toro, diestro observador de animales que los estudia y en ocasiones los caza, que poco a poco advierte que es observado y casi cazado por un comedor de hombres, un jaguar de cola rabona. La empatía de Franz Bloom y de Trudi Duby para tratar de entender, en un caso, los rituales de amistad e intercambio de los lacandones y en el otro, la dura vida de los chicleros, presos durante la temporada de lluvia para sangrar los árboles de chicozapote en el corazón hostil de la selva. La ilustración de dos impulsos para alejarse del mundo conocido y entrar a la incierta masa verde: por un lado, el temple de Harry Little y de Jan Muller que entran a la selva para distanciarse del mun-

do, y construyen su utopía familiar y ecológica en las riberas del Arroyo Santamaría y un mundo de abundancia aunque fuese sólo de plátanos. Por el otro, la huída del terruño si bien obligada por la escasez y la falta de futuro, que realiza una familia campesina de Guerrero, que con su arroyo convoca a parientes, vecinos y amigos para crear un asentamiento en Boca de Chajul, en la gran oleada migratoria de los setenta. La descripción aérea de la selva que hace Carlos Helbig, donde aparece como gigantesco animal tendido con las poderosas arterias vitales de sus ríos, los macizos verdes de las zonas aún intocadas, y las grandes heridas provocadas por la colonización, los ganaderos y los madereros, ya muy visibles en 1971. El relato casi mítico de cómo los tzeltales que colonizaron La Nueva Providencia perdieron potreros, pastos, animalitos y quedaron en manos de la familia de don Polo Aguilar, y cómo la Unión de Uniones se enfrenta a tiros con sus pistoleros para sacarlos y reconquistar la colonia, historia que los siglos repiten pero que aquí se concentra y despliega en sólo diez años. El diálogo entre párroco y tzeltales, del cual brota un peculiar mestizaje, la iden-

tividad entre el peregrinaje indígena por la pobreza de su tierra original que busca y encuentra nuevos paraísos a donde arraigarse, con la mítica pérdida y redención de Israel, desde su esclavitud y su caminar hacia la tierra prometida. O ese otro mestizaje de historia nacional y de creencias indígenas de donde brota el Votan Zapata en otro diálogo ejemplar del guerrillero mestizo con los nuevos pueblos de migrantes vecindados en la selva. La ruta de una niña que se hace mujer recorriendo los campamentos de refugiados guatemaltecos y donde el dolor, la soledad y el miedo a los kaibiles da paso a nuevos sentimientos, habilidades y certidumbres: cómo se organizan las comisiones en los campamentos, cómo se convocan talleres de artesanías, cómo se dialoga con las mujeres para defender sus derechos, como se promueve la organización entre gente aterrorizada, débil, sin apoyo alguno. El testimonio de guerrilleros sin tradición indígena y campesina que aprenden en soledad o con algún tutor indígena a tratar con la selva, a veces como atravesando un infierno, en otras aprendiendo a escuchar las rudas lecciones de esa maestra estricta. Pasajes de la crónica de una guerra que conmocionó a un país y después a varias regiones del mundo, donde el valor y la honestidad de periodistas descubren al mundo el rostro indígena de los “profesionales de la violencia” enmascarados, y las secuelas de una tregua que se convierte en el asalto militar al territorio selvático, con sus gestos cotidianos de dignidad y lucha de las comunidades zapatistas.

Pero este manjar de relatos que atrae la mirada e invita al compromiso intelectual y ético hacia la historia de la selva y de sus caminantes me parece que también ayuda en mucho a comprender el tamaño de la tragedia que viene. ¿Qué se amenaza con la destrucción de la selva y con la gue-

rra interna de sus gentes? ¿La periferia de nuestro destino nacional, sus últimos reductos naturales? Creo que no. Aunque alimentada por el microcosmos regional, la colonización de la selva se corresponde con una tendencia nacional, la de oleadas migratorias iniciadas desde los años cuarenta y que aún continúan. En esos años se tomó la decisión de apostar a un futuro de megaconcentraciones de gente y de riqueza en los territorios minúsculos de tres ciudades y que con el paso de los años se ha clonado en cinturones de ciudades medias. Con ello, el mundo heterogéneo, disperso y mayoritario de los campesinos e indígenas sufrió la doble fractura de la sobreexplotación y del abandono, mientras que los recursos naturales fueron y son insumos para las grandes concentraciones.

Realidades tan extremas y opuestas como la ciudad de México y la selva lacandona son hermanas gemelas en un drama que las hace contemporáneas: la ruptura de todo equilibrio entre poblaciones concentradas y los frágiles ecosistemas que a pesar de todo son la base de su vida misma. El drama actual puede resumirse en que estamos a punto de perder la más formidable de las selvas, y rondando el abismo del desastre ecológico de la ciudad, y con ello se tocan los límites de la idea hegemónica de modernidad, que desde los años cuarenta del siglo pasado a la fecha orienta a nuestras élites. Si observamos el futuro previsible, ni las élites políticas, ni las sociales y menos las intelectuales parecen discrepar en algo con el paradigma de la modernidad concentrada, para considerar de alguna manera un cambio de las cosas y cierto reequilibrio que rehabilite y valore al mundo indígena y rural y al conjunto de los ecosistemas. Al contrario, la riqueza fluvial de la lacandona ya se prevé que alimente con energía eléctrica los siguientes espasmos de crecimiento concentrado.

Y de ahí, me parece, se desprende una responsabilidad estricta del quehacer intelectual. Hay una inercia poderosa para “traducir” lo último en modelos exitosos de economías exportadoras o en regímenes democráticos, o en reformas estructurales para ganar el sagrado derecho a hablar; en menoscabo de una preocupación por escuchar, entre otras cosas, lo que nos dicen los movimientos campesinos de hace más de tres décadas, desde la CENPA hasta “El campo no aguanta más”, y los movimientos indígenas desde 1992 a la fecha. Existen y existirán muchas ocasiones para escuchar y abrir un nuevo diálogo que revise y reinvente con ellos al país y a sus regiones. *Los Viajes al Desierto de la Soledad* son, en ese sentido, una gran lección para aprender a escuchar y evitar que la reflexión intelectual pierda estas ocasiones. El compilador por eso elige, más que estudios eruditos, voces, y con ello, logra el milagro de hacer un libro que habla. La lectura en soledad se convierte en una plática sabrosa cuando cae la noche, después de que pasó la algarabía de los loros y al amparo de una ceiba. Recuerda uno en ese ambiente propicio, la pertinencia para la reflexión intelectual de dos “principios necesarios para callar” imaginados por el abate Dinouart:

1. Sólo se debe dejar de callar cuando se tiene algo que decir más valioso que el silencio.
2. Hay un tiempo para callar, igual que hay un tiempo para hablar.

El poeta guerrero, el tal Marcos, lo dice de manera impecable: aprendimos a callar y escuchamos. Así rehicimos su diálogo con los pueblos en la Lacandona, así será posible pasar de los monólogos de élites a un nuevo diálogo nacional.